

Fernando Pessoa

El banquero anarquista
y otros cuentos
de raciocinio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *O banqueiro anarquista e outros contos de raciocínio*

Traducción de Miguel Ángel Viqueira

Primera edición: 1986

Tercera edición: 2013

Sexta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y el epílogo final: Miguel Ángel Viqueira

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-1111-2

Depósito legal: M. 38.862-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 El banquero anarquista
- 63 Una cena muy original
- 101 Tres categorías de inteligencia
- 111 El robo de la Finca de las Viñas
- 129 La carta mágica
- 155 El arte de razonar
- 161 Un paranoico juicioso

- 167 Epílogo ad hoc, por Miguel Ángel Viqueira

[Manuscrito 1914?]

Una de las pocas diversiones intelectuales que aún le queda a lo que aún queda de intelectual en la humanidad es la lectura de novelas policiacas. Entre el número áureo y reducido de las horas felices que la Vida me deja que pase, cuento como de lo mejor del año aquellas en las que la lectura de Conan Doyle o de Arthur Morrison me toma la conciencia en brazos.

Un volumen de uno de estos autores, un cigarro de a 45 el paquete, la idea de una taza de café –trinidad cuyo ser uno es para mí la conjugación de la felicidad–, en esto se resume mi felicidad. Sería poco para muchos; la verdad es que no puede aspirar a mucho más una criatura con sentimientos intelectuales y estéticos en el ambiente europeo actual.

Quizá sea para ustedes causa de pasmo no el que tenga yo a estos autores por predilectos y de dormitorio, sino el que confiese yo que en esta cuenta personal los tengo.

El banquero anarquista*

Habíamos terminado de cenar. Frente a mí, mi amigo, el banquero, gran comerciante y acaparador notable, fumaba como quien no piensa. La conversación, que se había ido amorteciendo, yacía muerta entre nosotros. Procuré reanimarla, al azar, sirviéndome de una idea que se me pasó por la cabeza. Me volví hacia él, sonriendo.

–Es verdad: me dijeron hace días que fue usted en otro tiempo anarquista...

–Lo fui y lo soy. No he cambiado a ese respecto. Soy anarquista.

–¡Tiene gracia! ¡Usted anarquista! ¿En qué es usted anarquista?... A no ser que le dé a la palabra algún sentido distinto...

* Este cuento de raciocinio fue publicado en el número 1 de la revista de pensamiento *Contemporânea*, en mayo de 1922.

—¿Del habitual? No; no se lo doy. Empleo la palabra en el sentido habitual.

—¿Quiere usted decir, entonces, que es anarquista exactamente en el mismo sentido en que son anarquistas esos tipos de las organizaciones obreras? ¿Entonces entre usted y esos tipos de la bomba y de los sindicatos no hay ninguna diferencia?

—Como haber, sí hay diferencia... Evidentemente que hay diferencia. Pero no es la que usted cree. ¿Duda usted acaso que mis teorías sociales sean iguales a las de ellos?...

—¡Ah, ya entiendo! En cuanto a las teorías, es anarquista; en cuanto a la práctica...

—En cuanto a la práctica soy tan anarquista como en cuanto a las teorías. Y en cuanto a la práctica soy más, soy mucho más anarquista que esos tipos que usted ha citado. Toda mi vida lo demuestra.

—¿Cómo?

—Toda mi vida lo demuestra, hijo. Lo que pasa es que usted nunca ha prestado a estas cosas una atención lúcida. Por eso le parece que estoy diciendo una tontería, o que le estoy tomando el pelo.

—¡Pues hombre, no entiendo nada!... A no ser..., a no ser que usted juzgue su vida disolvente y antisocial y le dé ese sentido al anarquismo...

—Ya le he dicho que no; es decir, ya le he dicho que no le doy a la palabra anarquismo un sentido distinto del habitual.

—Bueno... Sigo sin entender... Hombre, ¿quiere decirme que no hay diferencia entre sus teorías verdaderamente anarquistas y la práctica de su vida; la práctica de su vida como es ahora? ¿Quiere que me crea que usted lleva una vida exactamente igual a la de los tipos que habitualmente son anarquistas?

—No; no es eso. Lo que quiero decir es que entre mis teorías y la práctica de mi vida no hay ninguna divergencia, sino una conformidad absoluta. Que mi vida no es como la de los tipos de los sindicatos y de las bombas, eso es verdad. Pero es su vida la que está fuera del anarquismo, fuera de sus ideales. La mía no. En mí, sí, en mí, banquero, gran comerciante, acaparador si usted quiere, en mí la teoría y la práctica del anarquismo van unidas, y ambas son acertadas. Me ha comparado usted con esos tontos de los sindicatos y de las bombas para indicar que soy diferente de ellos. Lo soy, pero la diferencia es ésta: ellos (sí, ellos y no yo) son anarquistas sólo en teoría; yo lo soy en la teoría y en la práctica. Ellos son anarquistas y estúpidos, yo anarquista e inteligente. Es decir, amigo mío, que el verdadero anarquista soy yo. Ellos, los de los sindicatos y las bombas (yo también estuve en eso y me salí precisamente por mi verdadero anarquismo), ellos son la basura del anarquismo, las hembras de la gran doctrina libertaria.

—¡Ni al demonio se le ocurriría una cosa así! ¡Es asombroso! ¿Pero cómo concilia usted su vida, quiero decir su vida bancaria y comercial, con las teorías

anarquistas? ¿Cómo la concilia, si dice que por teorías anarquistas entiende exactamente lo que los anarquistas corrientes? Y usted, por añadidura, me dice que es diferente por ser *más* anarquista que ellos, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—No entiendo nada.

—¿Pero está usted empeñado en entender?

—Totalmente empeñado.

Se quitó el puro de la boca, que se había apagado; lo volvió a encender lentamente; miró la cerilla que se extinguía; la dejó suavemente en el cenicero; después, alzando la cabeza, agachada un momento, dijo:

—Escuche. Nací del pueblo y en la clase obrera de la ciudad. De bueno no heredé, como puede imaginarse, ni la condición, ni las circunstancias. Sólo me ocurrió que tuve una inteligencia naturalmente lúcida y una voluntad un tanto fuerte. Pero éstos eran dones naturales, que mi humilde nacimiento no me podía quitar.

»Fui obrero, trabajé, viví una vida apretada; fui, en resumen, lo que la mayoría de la gente es en ese medio. No digo que pasase verdadera hambre, pero anduve cerca. Por lo demás, podía haberla pasado, lo que no habría alterado nada de lo que siguió, o de lo que voy a exponerle, ni de lo que fue mi vida, ni de lo que es ahora.

»Fui un obrero corriente, en suma; como todos, trabajaba porque tenía que trabajar, y trabajaba lo

menos posible. Lo que sí era, era inteligente. Siempre que podía leía cosas, discutía cosas, y, como no era tonto, nació en mí una gran insatisfacción y una gran rebelión contra mi destino y contra las condiciones sociales que lo hacían así. Ya le he dicho que, en buena lógica, mi destino podía haber sido peor de lo que fue; pero en aquel momento me parecía que yo era un ser a quien la Suerte le había hecho todas las injusticias juntas y se había servido de las convenciones sociales para hacérmelas. Eso ocurría allá por mis veinte años, veintiuno lo máximo, que fue cuando me hice anarquista.

Paró un momento. Se volvió un poco más hacia mí. Continuó, inclinándose un poco más.

—Siempre fui más o menos lúcido. Me sentí rebelde. Quise entender mi rebelión. Me hice anarquista consciente y convencido, el anarquista consciente y convencido que soy hoy.

—¿Y su teoría de hoy es la misma de entonces?

—La misma. La teoría anarquista, la verdadera teoría, es sólo una. Tengo la que siempre tuve, desde que me hice anarquista. Verá usted... Le iba diciendo que, como era lúcido por naturaleza, me hice anarquista consciente. ¿Qué es un anarquista? Es el que se rebela contra la injusticia de que nazcamos desiguales *socialmente*, en el fondo no es más que eso. Y de ahí resulta, como se ve, la rebelión contra las convenciones sociales que hacen esa desigualdad posible. Lo que le estoy indicando ahora

es el camino psicológico, es decir, cómo se vuelve uno anarquista; lo que nos lleva a la parte teórica del asunto. Por de pronto, comprenda usted bien cuál sería la rebelión de un tipo inteligente en mis circunstancias. ¿Qué es lo que se ve por el mundo? Uno nace hijo de un millonario, protegido desde la cuna contra los infortunios, y no son pocos, que el dinero puede evitar o atenuar; otro nace miserable, siendo, de niño, una boca más en una familia en la que sobran bocas para la comida que puede haber. Uno nace conde o marqués y tiene por ello el respeto de todo el mundo, haga lo que haga; otro nace como yo, y tiene que andar derechito como una vela para que al menos lo traten como persona. Unos nacen en condiciones tales que pueden estudiar, viajar, instruirse, volverse (podría decirse) más inteligentes que otros que por naturaleza lo son más. Y así en todo...

»Las injusticias de la Naturaleza no las podemos evitar. Ahora bien, las de la sociedad y sus convenciones, éstas, ¿por qué no evitarlas? Acepto, no tengo otro remedio, que un hombre sea superior a mí por lo que la Naturaleza le ha dado: el talento, la fuerza, la energía; no acepto que sea mi superior por cualidades postizas, con las que no salió del vientre de su madre, sino que le vinieron por casualidad en cuanto salió de él: la riqueza, la posición social, la vida fácil, etcétera. De la rebelión que le estoy exponiendo con estas consideraciones fue de

donde nació mi anarquismo de entonces, el anarquismo que, como le he dicho, mantengo hoy sin alteración alguna.

Se detuvo otra vez un momento, como pensando cómo proseguiría. Fumó y exhaló el humo lentamente, hacia el lado opuesto al mío. Se volvió, e iba a proseguir. Pero yo le interrumpí.

—Una pregunta, por curiosidad... ¿Por qué se hizo usted precisamente anarquista? Podía haberse hecho socialista, o cualquier otra cosa avanzada que no llegase tan lejos. Todo eso estaba dentro de su rebelión... De lo que usted ha dicho deduzco que por anarquismo entiende (y creo que está bien como definición del anarquismo) la rebelión contra todas las convenciones y fórmulas sociales y el deseo de abolirlas todas y esforzarse en ello.

—Eso mismo.

—¿Por qué escogió usted esa fórmula extrema y no se decidió por cualquiera de las otras... de las intermedias?...

—Se lo diré. Medité sobre todo eso. Y naturalmente, en los folletos que leía veía todas esas teorías. Escogí la teoría anarquista, la teoría extrema, como muy bien ha dicho usted, por las razones que le voy a decir en dos palabras.

Miró un momento al vacío. Después se volvió hacia mí.

—El mal verdadero, el único mal, son las convenciones y las ficciones sociales, que se superponen a las

realidades naturales, todo, desde la familia al dinero, desde la religión al estado. Uno nace hombre o mujer, quiero decir, nace para ser, de adulto, hombre o mujer; no nace, en buena justicia natural, ni para ser marido, ni para ser rico o pobre, como tampoco nace para ser católico o protestante, o portugués o inglés. Es todas esas cosas en virtud de las ficciones sociales. Pero esas ficciones sociales son malas; ¿por qué? *Porque son ficciones, porque no son naturales.* Tan malo es el dinero como el estado, la constitución de la familia como las religiones. Si hubiese otras, que no fuesen éstas, serían igualmente malas, *porque también serían ficciones,* porque también se superpondrían a las realidades naturales y las estorbarían. Pues bien, cualquier sistema que no sea el puro sistema anarquista, que quiere la solución de todas las ficciones y de cada una de ellas completamente, *es también una ficción.* Emplear todo nuestro deseo, todo nuestro esfuerzo, toda nuestra inteligencia para implantar, o contribuir a implantar, una ficción social en vez de otra es un absurdo, más aún, un crimen, *porque es hacer una perturbación social con el fin expreso de dejar todo como estaba.* Si creemos injustas las ficciones sociales, porque aplastan y oprimen lo que es natural en el hombre, ¿para qué emplear nuestro esfuerzo en sustituirlas por otras ficciones, si lo podemos emplear en destruirlas a todas?

»Esto me parece concluyente. Pero supongamos que no lo es; supongamos que nos responden que

todo eso puede ser muy cierto, pero que el sistema anarquista no es realizable en la práctica. Vamos a examinar esta parte del problema.

»¿Por qué el sistema anarquista no sería realizable? Nosotros, todos los avanzados, partimos del principio no sólo de que el actual sistema es injusto, sino de que sería ventajoso, puesto que hay justicia, sustituirlo por otro más justo. Si no pensamos así, no somos avanzados, sino burgueses. Ahora bien, ¿de dónde viene el criterio de *justicia*? De lo que es *natural* y *verdadero*, en oposición a las ficciones sociales y a las mentiras convencionales. Ahora bien, lo natural es lo que es enteramente natural, no lo que es mitad, o un cuarto, o un octavo natural. Muy bien. Ahora, una de dos: o lo natural es realizable socialmente o no lo es; en otras palabras, o la sociedad puede ser natural o la sociedad es esencialmente ficción y no puede ser natural de ninguna manera. Si la sociedad puede ser natural, entonces puede haber una sociedad anarquista, o libre, y debe haberla, porque es la sociedad enteramente natural. Si la sociedad no puede ser natural, si (por la razón que sea) tiene a la fuerza que ser ficción, entonces del mal el menos; hagámosla, dentro de esa ficción inevitable, lo más natural posible, para que sea, por eso mismo, lo más justa posible. ¿Cuál es la ficción más natural? Ninguna es natural en sí, porque es ficción; la más natural, en nuestro caso, será la que parezca

más natural, la que *se sienta* como más natural. ¿Cuál es la que parece más natural, o la que sentimos como más natural? Es aquella a la que estamos acostumbrados.

»(Entienda usted: lo que es natural es lo que es del instinto; y lo que no siendo instinto se parece en todo al instinto es el hábito. Fumar no es natural, no es una necesidad del instinto; pero, si nos habituamos a fumar, pasa a sernos natural, pasa a ser sentido como una necesidad del instinto.) Ahora bien, ¿cuál es la ficción social que constituye un hábito nuestro? Es el actual sistema, el sistema burgués. Tenemos pues, en buena lógica, que o creemos posible la sociedad natural, y seremos defensores del anarquismo, o no la juzgamos posible, y seremos defensores del régimen burgués. No hay hipótesis intermedia. ¿Lo ve usted?

—Sí, señor; eso es concluyente.

—Aún no es muy concluyente... Aún hay otra objeción que liquidar del mismo género... Se puede estar de acuerdo con que el sistema anarquista es realizable, pero puede dudarse de que sea realizable *de repente*; es decir, que se pueda pasar de la sociedad burguesa a la sociedad libre sin que haya uno o más estados o regímenes intermedios. Quien haga esta objeción acepta, como buena y como realizable, la sociedad anarquista; pero se le antoja que tiene que haber algún estado de transición entre la sociedad burguesa y aquélla.

»Ahora bien. Supongamos que así es. ¿Cuál es ese estado intermedio? Nuestro fin es la sociedad anarquista o libre; ese estado intermedio sólo puede ser, por tanto, un estado de preparación de la humanidad para la sociedad libre. Esa preparación o es material, o es simplemente mental; es decir, o es una serie de realizaciones materiales o sociales que van adaptando la humanidad a la sociedad libre o es una simple propaganda gradualmente creciente o influyente, que va preparando *mentalmente* a desearla o a aceptarla.

»Vamos al primer caso, la adaptación gradual y material de la humanidad a la sociedad libre. Es imposible; es más que imposible: es absurdo. No hay adaptación material sino a una cosa *que ya existe*. Ninguno de nosotros puede adaptarse materialmente al medio social del siglo veintitrés, aunque sepa cómo será; y no puede adaptarse materialmente porque el siglo veintitrés y su medio social no existen *materialmente* aún. Así, llegamos a la conclusión de que, en el paso de la sociedad burguesa a la sociedad libre, la única parte que puede haber de adaptación, de evolución o de transición es *mental*, es la gradual adaptación de los espíritus a la idea de la sociedad libre... En todo caso, en el campo de la adaptación material, aún hay otra hipótesis...

—¡Pues anda que no hay hipótesis!

—Hijo, el hombre lúcido tiene que examinar todas las objeciones posibles y refutarlas antes de

poder estar seguro de su doctrina. Y, además, todo esto responde a una pregunta que usted me ha hecho...

–Bueno.

–En el campo de la adaptación material, decía yo, hay en todo caso otra hipótesis. La de la dictadura revolucionaria.

–¿Cómo la dictadura revolucionaria?

–Como le he explicado, no puede haber adaptación material a una cosa que no existe, materialmente, aún. Pero si, por un movimiento brusco, se llegase a hacer la revolución social, quedaría implantada ya no una sociedad libre (porque la humanidad no está aún preparada para ella), sino una dictadura de los que quieren implantar la sociedad libre. Pero existe ya, aunque en esbozo o en sus comienzos, existe ya *materialmente* algo de la sociedad libre. Hay ya por tanto una cosa material, a la que la humanidad se ha de adaptar. Éste es el argumento con que los bestias que defienden la «dictadura del proletariado» la defenderían si fuesen capaces de argumentar o de pensar. El argumento, claro está, no es suyo: es mío. Me lo propongo, como objeción, a mí mismo. Y, como voy a demostrarle.... es falso.

»Un régimen revolucionario, mientras existe, y sea cual fuere el fin que persigue o la idea que lo conduce, es *materialmente* sólo una cosa: un régimen revolucionario. Ahora bien, un régimen re-

volucionario significa una dictadura de guerra, o, en el verdadero sentido de las palabras, un régimen militar despótico, porque el estado de guerra es impuesto a la sociedad por una parte de ella: la parte que asumió revolucionariamente el poder. ¿Qué es lo que resulta? Resulta que quien se adapte a ese régimen, como lo único que es *materialmente*, inmediatamente, es un régimen militar despótico, se adapta a un régimen militar despótico. La idea que condujo a los revolucionarios, el fin que persiguieron, desapareció por completo de la *realidad* social, que queda ocupada exclusivamente por el fenómeno guerrero.

»De modo que lo que sale de una dictadura revolucionaria, y saldrá tanto más completamente cuanto más tiempo dure esa dictadura, es una sociedad guerrera de tipo dictatorial; es decir, un despotismo militar. No podía ser otra cosa. Y fue siempre así. Yo no sé mucha historia, pero lo que sé encaja con esto; y no podría dejar de encajar. ¿Qué salió de las agitaciones de Roma? El Imperio Romano y su despotismo militar. ¿Qué salió de la Revolución Francesa? Napoleón y su despotismo militar. Y verá usted lo que sale de la Revolución Rusa... Algo que retrasará decenas de años la realización de la sociedad libre... Pero, ¿qué se podía esperar de un pueblo de analfabetos y de místicos?...

»En fin, con esto nos salimos del tema... ¿Ha entendido mi argumento?

–Lo he entendido perfectamente.

–Comprende usted por lo tanto que yo llegara a esta conclusión: fin: la sociedad anarquista, la sociedad libre; medio: el paso, *sin transición*, de la sociedad burguesa a la sociedad libre. Este paso sería preparado y sería posible mediante una propaganda intensa, completa, absorbente, de manera que predispusiera a todos los espíritus y debilitara todas las resistencias. Claro que por «propaganda» no entiendo sólo la que se hace por medio de la palabra escrita y hablada: entiendo todo, acción indirecta o directa, cuanto pueda predisponer a la sociedad libre y debilitar la resistencia a su llegada. Así, al no tener casi ninguna resistencia que vencer, la revolución social, cuando llegase, sería rápida, fácil, y no tendría que establecer ninguna dictadura revolucionaria, por no tener contra quién aplicarla. Si esto no puede ser así, es que el anarquismo es irrealizable; y, si el anarquismo es irrealizable, sólo es defendible y justa, como ya le he demostrado, la sociedad burguesa.

»Ahí tiene usted por qué y cómo me hice anarquista y por qué y cómo rechacé, por falsas y antinaturales, otras doctrinas sociales menos audaces.

»Pero dejemos eso... Vamos a seguir con mi historia.

Rascó una cerilla, y encendió lentamente el puro. Se concentró, y poco después prosiguió.

—Había varios jóvenes con las mismas opiniones que yo. La mayoría eran obreros, pero había alguno que otro que no lo era; lo que sí éramos todos era pobres, y, que me acuerde, no éramos muy estúpidos. Teníamos cierto deseo de instruirnos, de saber cosas, y al mismo tiempo un deseo de propaganda, de extender nuestras ideas. Queríamos para nosotros y para los demás, para la humanidad entera, una sociedad nueva, libre de todos esos prejuicios, que hacen a los hombres desiguales artificialmente y les imponen inferioridades, sufrimientos, estrecheces, que la Naturaleza no les había impuesto. En mi caso, lo que leía me confirmaba en estas opiniones. De libros libertarios baratos, los que había entonces, y ya eran bastantes, lo leí casi todo. Fui a conferencias y a reuniones de los propagandistas del tiempo. Cada libro y cada discurso me convencían más de la certeza y de la justicia de mis ideas. Lo que yo pensaba entonces, se lo repito, amigo mío, es lo que pienso hoy; la única diferencia es que entonces lo pensaba solamente, y hoy lo pienso y lo practico.

—De acuerdo; hasta aquí todo está muy bien. Está claro que usted se hiciese anarquista así, y veo perfectamente que usted era anarquista. No necesito más pruebas de ello. Lo que yo quiero saber es cómo de ahí salió el banquero..., cómo es que salió de ahí sin contradicción... Es decir, ya calculo más o menos...